

COLUMNA >> MEMORIAS DE UN DIPLOMÁTICO

El espía que amó a una venezolana

"Estaba el militar dispuesto a desertar y asumir las consecuencia en un país que se encontraba aún en estado de guerra y de que cualquier deserción podría acarrearla la máxima pena, que incluía la sentencia capital"



FOTOGRAFO DE ARGO / BEN AFFLECK

OSCAR HERNÁNDEZ BERNALLETTE

I. La película *Argo*, premiada con un Oscar como la mejor película del 2013 por la Academia cinematográfica, trajo a mi memoria en aquel momento un caso parecido del trajinar diplomático en el que me tocó actuar a principios de los años ochenta en Egipto. Fue una tarea muy delicada y acertada en la que, junto al embajador Jorge Daher –un excelente diplomático de las anteriores generaciones, quien seguramente recordará el episodio–, y que sin querer competir con la excelente narración que nos presentó el director y el actor Ben Affleck, aprovecho para contar en estas memorias. Reservadas las distancias y las motivaciones, ambas historias tratan de seres humanos desesperados por salir de una crisis, una embajada y un gobierno en acción para salvar la vida de personas.

II. Me correspondió recibir como encargado de la sección consular de nuestra embajada en Egipto a una pareja de venezolanos que se trasladó a El Cairo. Por instrucciones previas de la Cancillería debíamos darle un especial apoyo. Los esposos, el español y ella una caraqueña de buen porte y estilo, habían despertado el interés de las autoridades venezolanas por la situación familiar irregular por la que atravesaban y que debía ser atendida por el Estado venezolano, toda vez que involucraba a una ciudadana nuestra. Recuerdo que nuestra misión estaba en una calle muy destalizada, llena de arena y huecos, identificada como 15-A Mansour Mohamed, en la isla de Zamalek, lugar en donde están ubicadas la mayoría de las embajadas en El Cairo. Nuestra sede tenía poco glamour, a diferencia de la residencia oficial, un palacete del siglo XVIII, a la

orilla del Nilo. Era principios de los años ochenta y gobernaba Anwar el Sadat en Egipto y Luis Herrera Campíns en Venezuela. Nunca nos imaginamos que estaríamos allí para ver el trágico final de la vida de este líder árabe asesinado por hacer la paz con Israel. Pero esa es otra historia.

III. Se trataba de un caso de desaparición y la búsqueda infructuosa de una hermana desaparecida por más de un año, desde que viajó desde Caracas a El Cairo, luego de esposarse con quien había sido un funcionario diplomático egipcio en Caracas. La familia estaba muy preocupada, pues entendía por alguna misiva que les había llegado que las condiciones de vida no eran las mejores para la joven venezolana y nada parecidas a las que se le ofreció el galán diplomático en vísperas del viaje a las misteriosas tierras de los faraones. Como era de esperarse, se le dieron las atenciones a la pareja y se inició la apertura de un expediente para conocer la situación y explorar nuestras posibilidades para atender, en el marco de nuestras atribuciones, un caso de esa naturaleza.

IV. La primera tarea era tratar de encontrar a María en una ciudad tan grande y en un país bastante enmarañado. La primera pista, después de una pesquisa intensa, llevó a la pareja hasta Marsa Matruh, en la frontera con Libia, un pueblo con una de las playas más espectaculares del norte de África. Se cuenta que en esa playa se bañaba Cleopatra. La conocí. Sin duda, espectacular. Entre viviendas encerradas, beduinos reacios y con poca capacidad de comunicación, lograron encontrar, a punta de llamados y llanto, a la hermana encerrada en una de las tantas casas de la pequeña villa egipcia. Fue para ellos, me conta-

ron, una jordana agotadora. Les tomó muchas horas, no tenían idea de la distancia entre la capital y la frontera, cuando decidieron trasladarse en un taxi. María vivía en claustro y en pésimas condiciones pero, sorpresa, ella estaba afebrada a su marido, a quien en castigo por casarse sin autorización con una cristiana lo habían trasladado a esa compleja frontera del norte de África. Por supuesto, esa versión oficial nunca existió.

V. ¿Qué tiene que ver un diplomático con un castigo en la frontera? Aquí se nos enredó la historia. Fue una tragedia para la joven enterrarse, estando en El Cairo, que su esposo no era diplomático, sino un militar egipcio, capitán del ejército. Que su función en Caracas estaba vinculada con servicios de inteligencia y que su designación en la frontera, efectivamente era una reprimenda por ese matrimonio que incluso le había costado una degradación de su categoría militar al rango de sargento. Los hermanos lograron convencerla de que se trasladara con ellos de regreso a El Cairo y aprovecharla la disposición del gobierno de Luis Herrera Campíns de apoyarla. La Casa Amarilla estaba al tanto de la nueva situación que complicaba el cuadro. Las instrucciones que había recibido el embajador era la de dar todo lo que necesitaran para ayudar a resolver la difícil situación de esta compatriota y su familia. Eran tiempos en donde hasta la comunicación telefónica era un lujo.

VI. Así, se cumplieron las instrucciones. Días después me corresponde recibir al excapitán, quien de manera oculta logra dejar su guardería mientras supuestamente estaba en una faena por el desierto. Se apersona en nuestra Embajada para pedir que lo ayudáramos a re-

gresar a Venezuela con su esposa. Estaba el militar dispuesto a desertar y asumir las consecuencias en un país que se encontraba aún en estado de guerra y de que cualquier deserción podría acarreara la máxima pena que incluía la sentencia capital. El amor por delante del patriotismo, las convicciones religiosas y la disciplina militar.

Preparamos una estrategia, que tenía por objetivo darle todas las facilidades para ayudarlo a salir del país. Era riesgoso. Los servicios de inteligencia eran agudos. La actuación cayó bajo mi responsabilidad. Teníamos que preservar la investidura del embajador y evitar una crisis con el gobierno por interceder a favor de una ciudadana venezolana. Algunas de nuestras actuaciones, resultaron tan engorrosas como las que se describen en la película que citada al inicio de esta nota. Los tiempos se evaluaban de acuerdo a posibilidades objetivas para lograr que Hassan saliera del país. Teníamos dos inconvenientes: el oficial ya había sido declarado desertor, su esposa se negaba salir del país antes sin él, y en la Embajada contábamos con personal local que podían denunciar la maniobra, lo que nos obligaba a la discreción, mantenerlo fuera de la sede y separado de su pareja y hermanos por un tiempo prudente.

No fueron pocos los días de angustia y malabarismos que me correspondió, bajo la supervisión de mi jefe de misión y autorización de Caracas, que asumía el caso como de "apoyo humanitario". Ciertamente lo era, pero también era el profundo amor que sentía esa mujer por su faraón. Reto nada fácil que podía poner en riesgo una relación diplomática. Los detalles de la salida me los reservo para una ampliación futura de esta historia. Logramos su partida y la posterior reunificación con su pareja.

VII. Los días de intensa artimaña generaron un gran acercamiento entre todos. Casualmente éramos jóvenes y aún en nuestros veintes. Cumplido el cometido y por la discreción obligada en la vida del diplomático, una hazaña importante quedó resguardada en los fríos archivos secretos de nuestra Cancillería. A los personajes nunca más los volví a ver. Fue una verdadera historia de amor la de esta pareja. Entiendo que sus vidas, ya aquí en Venezuela, dieron un giro inesperado. Ya lo contaremos. Para mí fue una auténtica satisfacción ayudarlos. Se suma a muchas otras del quehacer de nuestro servicio diplomático, que poco se conocen y que seguramente encontrarán en acuciosos historiadores un deseo de a su debido tiempo. ®

LECTURAS >> DE LA HERENCIA DE LA TRIBU A DESTERRADOS

El itinerario de Ana Teresa Torres

"Si en *La herencia de la tribu* el problema era la herencia del héroe, en *Desterrados* es la orfandad del alma"

RODRIGO LARES BASSA

De *La herencia de la tribu a Desterrados*, Ana Teresa Torres ha trazado uno de los itinerarios más lúcidos de la literatura venezolana contemporánea. Entre la crítica al mito político y la exploración del exilio, su obra configura un mapa de la conciencia nacional: las fracturas del poder, el peso de la memoria y la búsqueda –a veces desesperada, a veces serena– de un lugar interior al cual pertenecer.

En mayo de 2010 publiqué en *El Universal* un artículo sobre *La herencia de la tribu*, ese ensayo que disecó, con rigor psicoanalítico y mirada histórica, la narrativa identitaria que ha sostenido al proyecto político venezolano. Allí señalaba cómo Torres desmontaba la genealogía del poder en un país atrapado entre la devoción bolivariana y la esperanza perpetua de redención. Quince años después, con la aparición de *Desterrados* (Editorial Blanca Pantín, 2025), aquella reflexión parece encontrar su contraparte natural: la conciencia de un exilio que ya no es geográfico sino espiritual.

Si en *La herencia de la tribu* el problema era la herencia del héroe, en *Desterrados* es la orfandad del alma. La frase de Torres –“el futuro siempre será, paradójicamente, pretérrito”– mantiene hoy su filo, pero el foco se ha desplazado: ya no se trata de una nación que repite sus mitos, sino del sujeto

que ha perdido su lugar en un mundo que no cesa de fragmentarse.

De la ruina al viaje

Una década después del ensayo sobre la tribu, *Diario en ruinas* (2018) llevó la mirada de Torres hacia el territorio íntimo: la vida cotidiana en medio del colapso. Con una prosa sin artificio, la autora registró la experiencia de habitar el derrumbe, no desde la queja sino desde una atención ética a los gestos mínimos que sostienen la vida cuando todo alrededor se desmorona.

Luego surgió *Viajes al poscomunismo* (2020), un cuaderno de rutas y comparaciones donde Europa del Este y Venezuela se reflejan mutuamente como paisajes que comparten la resaca de la utopía. En su lectura más profunda, el libro parece dialogar con aquello que Mario Vargas Llosa planteó en su célebre conferencia sobre las utopías: la manera en que los grandes relatos redentores terminan dejando, tras su derrumbe, una intemperie moral y política difícil de nombrar.

Más que un libro de viajes, Torres ofrece aquí una exploración de los restos ideológicos que deja la historia cuando las narrativas de salvación se agotan.

Ambos títulos funcionan hoy como puentes hacia *Desterrados*, la novela que marca el retorno de Torres a la ficción y, a la vez, la expansión definitiva de su universo literario. En ella, el exilio deja de ser un tema: se convierte en una condición ontológica, un modo de estar en el mundo cuando la pertenencia ha sido pulverizada.

Desterrados: cierre de un ciclo

Desterrados recorre ciudades y siglos –Odesa en 1905, Buenos Aires, París, Nueva York, Valencia, Madrid y Caracas– para mostrar que cada lugar contiene su propia forma de pérdida. Lo que la no-

vela narra no es solo la errancia geográfica, sino la fractura emocional que sobreviene cuando el hogar deja de ser un punto fijo en la memoria. “El exilio ya no es separación temporal, sino fractura irreversible”, ha dicho la autora.

Durante la presentación del libro en la librería El Buscón, Torres reconoció que la obra “cierra el círculo” de su narrativa. Si *El exilio del tiempo* (1989) indagaba en la nostalgia como distancia, *Desterrados* hace de la ruptura un estado permanente: lo que está en juego no es la pérdida del territorio, sino la pérdida del sentido.

La novela combina lo histórico y lo íntimo con una sobriedad que ya es marca de la autora. Su prosa madura evita la estridencia: se mueve en un registro donde la claridad se ofrece como forma de compasión y la memoria como resistencia frente al olvido.

Del poder a la conciencia

Entre *La herencia de la tribu* y *Desterrados* se dibuja una continuidad coherente: del análisis del mito político a la introspección sobre el desarraigo contemporáneo. En ambos extremos, Torres sostiene una vocación de pensamiento que no concede consuelo fácil. Su obra es, a la vez, arqueología y advertencia: rastrea las capas de la conciencia venezolana y señala lo que ocurre cuando las certezas se derrumban.

Pero también es literatura en el sentido más profundo: una exploración de cómo el lenguaje puede nombrar lo quebrado sin idealizarlo, y cómo la escritura se convierte en un espacio de recomposición interior. Quizá *Desterrados* cierre un ciclo, pero también anuncia otro: el de una autora que, tras narrar el exilio de su tiempo, parece dispuesta a imaginar el retorno. Porque, en última instancia, la escritura –para Torres– es la patria que queda. ®

